

Salutación

Quisiera saludarte ante que a nadie
Señora del Amor y la Esperanza
arrodillando mi corazón cofrade
que se desborda en continuas alabanza.
Y quisiera saludarte como un día
lo hizo el Angel en la villa nazarena;
y hoy, aquí, bajo el cielo de Almería
llego a tí con el alma toda llena
de emoción a decir con alegría:
Dios te salve, Esperanza, gratia plena.
Dios te salve, Esperanza, porque fuiste
entro todas las mujeres elegida
para ser madre de Dios, fuente de vida,
Ante tanta grandeza se resisten
mis palabras a expresar esa dulzura
que, en tu cara, a pesar de tu amargura
es manantial inagotable de belleza.
Tu mirada toda llena de ternura
donde Dios amoroso se recrea.
Dios te salve, Esperanza, toda llena
de las gracias con las que Dios te engalana,
Esperanza, nazarena y urcitana
de la grey estudiantil celeste reina.
Dios te salve, Esperanza, luz del cielo,
es en tí, donde el sol su brillo toma
y eclipsado por la luz que te corona
humillado, su fulgor hunde en el suelo.
Ante tí no ha y elogio ni alabanza
con que pueda expresar mi pensamiento
y perdona el osado atrevimiento
de este humilde cofrade que te canta
y te ruego, cuando al fin de mi existencia
al morir enmudezca mi garganta
la última palabra que diga en mi agonía
sea tu nombre madre mía de la Esperanza



Es para mi un honor el haber sido designado para dar el primer pregón de exaltación a la Esperanza. Pero paralelo a este honor conlleva también un gran reto, el de hablar precisamente de eso, de la esperanza, porque de pequeño me enseñaron que las virtudes teologales eran tres fe, esperanza y caridad. Por la primera; la fe, sabemos que es la virtud por la cual creemos las cosas que no vemos y la iglesia nos enseña. Por la caridad, aprendimos a amar al prójimo como a nosotros mismos.

De la esperanza una abstracción, una idea casi nula pero quizá la virtud más utilizada sin saberlo. Si sin saberlo. Porque ¿Quién no ha tenido, tiene y tendremos la esperanza de conseguir algo a lo largo de nuestra vida?

Pensando sobre esto, me atrevería a decir que la esperanza es una ilusión, ya que nuestra vida es toda ilusión. De niños, nos ilusiona conseguir un juguete, una golosina. Medio hombres, esperamos conseguir en la sociedad un puesto que nos asegure la tranquilidad de una vejez cómoda, y cuando esto se alcanza esperamos la llegada de la muerte.

Pero al igual que en nuestra vida nos esforzamos por conseguir la meta que nos trazamos, en lo material; en lo espiritual debemos tener también una ilusión, una esperanza, la que en al salve decimos al final: alcanzar las promesas de nuestro señor jesucristo.

En este aspecto nadie como el pueblo judío, el pueblo levítico por excelencia, dedicó toda su vida, y la sigue dedicando, a esperar al libertador tal y como le fue prometido.

Cuando nuestro primeros padres tras el acto de desobediencia Dios le impone su castigo, como padre amoroso no nos condena ni nos hunde, nos da un abanico de posibilidades pero con una libertad plena. Y con esta libertad, con estos mandatos nos ofrece como un oriente luminoso. Un rayo de esperanza en al figura del hijo de Dios. El libertador. Y aquí es donde empieza la ilusión. Todo el pueblo aclama y desea su venida y espera.

A través de las sagradas escrituras se va perfilando la figura del mesías, que por voluntad del padre podía haber llegado de pronto, sin avisar, pero no . Dios sabe hacer las cosas. ¡Y como las hace!



Procura que se haga hombre y como hombre nace de mujer. Mujer que, ya en la promesa hecha en el paraíso, se vislumbra como ancla de salvación, como una esperanza.

¡Pondré enemistad entre tí y la mujer. Ella aplastará su cabeza y tu intentarás morderte en el calcañar.

A partir de este momento el pueblo elegido al pensar en el libertador piensa que ha de venir de una mujer y pone todas sus esperanzas en las mujeres judías.

Y con esta esperanza, a través de la historia, el pueblo judío acuerda que la manera más excepcional: Oyendo y orando. Oyendo la palabra de Dios a través de sus profetas. Y orando por la pronta llegada del esperado. Cumple los preceptos divinos. Es estricto, casi farisaico pero a rajatabla hasta el punto de hacerse llamar sepulcros blanqueados.

Oye la palabra de Dios. Este Dios que no deja de enviarle profetas como embajadores de la buena nueva, de que Dios esta cerca y con este ambiente de esperanza de anhelo y de ilusión nace una niña. Una niña normal en cuanto a lo físico; pero con una predestinación tan excelsa que la hace distinta a las demás.

Ya en el libro de la sabiduría podemos leer: antes de que el mundo fuese creado ya estaba en la mente de Dios.

Porque a Dios no se le escapa nada, es omnipotente y como tal previsió; y como para hacerse hombre tiene que nacer de una mujer, se prepara la mejor de las moradas en el vientre virginal de María.

Ella destinada para tan alto ministerio, no puede tener pecado, por, lo cual el padre eterno la exime de la mancha original. no podía ser de otra forma y la hace limpia, pura, sin mancha. La pule y la azoga con el amor del Espíritu Santo y forma el mejor de los espejos en el que puede contemplarse agusto el mismo Dios.

Aprende en el templo. En la sinagoga. Escucha y reza. Su mente permanece fiel a Dios y no piensa si no en complacerles y en este estado de gracia constante; de paz y serenidad sin pensar lo que se le venía en puerta, una tarde recibe el anuncio del Angel: Dios te salve llena de gracia. ¿Cómo la verían los ángeles para saludarla de ese modo?. ¿Cómo la verían esos seres, espíritus puros, para postrarse ante ella, casi una niña, nada mas y nada menos que todo un arcángel?.

Y tras el saludo, el mensaje. Le dice con la mayor delicadeza que ha sido designada para ser madre del Altísimo. Y cuando tras aquel saludo y aviso, comprende la misión que se le encomienda, pronuncia el si más rotundo de la historia. UN sí que se inicia en la humilde aldea de Nazaret y acaba junto a la cruz en el calvario, abriéndonos las puertas de la redención y haciéndose antorcha de esperanza.

Desde este instante; María se convierte en una constante esperanza. Espera orando y escuchando. Orando con el mismo Dios dentro de ella. Escuchando sus designios, escuchando sus preceptos. Una vida entregada a Dios.

Como debe ser vuestra vida mis queridos cofrades. Vosotros, nosotros, que tenemos por patrona a la Virgen bajo la advocación del Amor y la Esperanza. Nosotros que la tenemos por espejo, donde mirarnos. Debemos escuchar los designios divinos y escuchar sus preceptos ya que es la mejor manera de esperar.

Así, la Virgen, en este estado, orante y oyente, se da cuenta del portento, de la grandeza de haber hallado gracia a los ojos de Dios y pronuncia el magnificat, bellissimo canto, por el que se reconoce la más humilde de sus esclavas ante la omnipotencia del señor; la Iglesia, a través de los tiempos, la ensalza, la reverencia y rinde culto. Y es en España, en el siglo IV la que instituye la fiesta más antigua en honor a la Virgen.

La esperanza, es la fiesta dedicada a la expectación del parto, también conocida por la de la Virgen de la O, en recuerdo del principio de las antífonas que en su honor se rezan por su fiesta en diciembre.

Esta fiesta se celebra en el adviento aunque, hoy, aquí hablamos de ella por la connotación de la gloriosa titular de la cofradía que nos convoca.

Una vez establecida la fiesta de la esperanza en España, Andalucía rinde un especial culto y una acendrada veneración a la Virgen bajo este nombre, hasta el extremo que tras la denominación de la Virgen de los Dolores, la más común de la Semana Santa, la Virgen de la Esperanza ocupa el segundo lugar, pero sobrepasando en popularidad a la anterior. No hay pues pueblo andaluz que no cuente entre sus cofradías, con una que no se acoja bajo esta denominación, siendo la de más arraigo popular. Almería no podía ser menos y cuando tras la guerra la Semana Santa se hace realidad, surge la cofradía de los estudiantes. Que, venerando el momento evangélico de la sagrada Oración de Cristo en el Huerto, titula a su Virgen del amor y la Esperanza.

¡Qué bellas palabras! Amor y Esperanza.

Las dos deben y van juntas pues no hay amor sin esperanza y viceversa. No se puede esperar lo que no se ama.

Ella fue concebida por Dios al amor al género humano y producto de ese amor surge la redención, que no hubiese sido posible sin el amor, ese amor que según la procesión de las tres divinas personas emana el Espíritu Santo.

El mismo Espíritu Santo que cubrió con su sombra a la Virgen aquella tarde en Nazaret.

Para que esta imagen, de la virgen de la esperanza, se hiciera realidad en nuestra tierra, se la encarga al imaginero sevillano Castillo Latrucci, que, en aquella época, era como el

Martínez Montañez del siglo XX, por lo prolífico de su obra. Y una de sus obras fue la tuya
Reina y Señora:

Naciste, allá, en Sevilla,
a los pies de la Giralda.
La tarde estaba serena.
Repicaron las campanas.
Y en las márgenes del río,
verdes de juncos y cañas,
te cantaron martinetes los
los gitanos de la cava,
cuando vieron la hermosura
de tu carita gitana,
hecha de nardo y canela
perfumada de albahaca.
Las flores de los naranjos
bordaron tu blanca saya,
y con las frondas del parque
tu manto verde esmeralda.
Una estrella y un lucero
bajaron de madrugada
para en tu cara de rosa
quedar convertidos en lágrima
a tus manos, temblorosa,
llegó una paloma blanca
que quiso hacerse pañuelo
para secar tus pestañas.
Y ¡Así vestida de reina,
una radiante mañana,
tu condición nazarena
cambiaste por la urcitana.
Y cuando te vio Almería
tan hermosa y tan galana
te dio el nombre de María
del Amor y la Esperanza.

La obra resultó bellísima. Si no juzguen ustedes mismos. La cara angelical hechiza y
subyuga, cautiva y embruja.

Desde entonces anima y consuela desde su camarín a quien acude a sus plantas.

¡Cuántas lágrimas habrá enjugado con su celeste mirada! ¡Cuanta misericordia habrán
prodigado esos sus ojos misericordiosos! ¡La de mentes que habrá iluminado! ¡ La de
penas que habrá consolado ella que no encuentra consuelo para la suya.

La Virgen de la Esperanza, la que desde que llegó a Almería no ha dejado de salir a la calle, nunca ha faltado a su cita con el pueblo y este, con esa sabiduría popular que la caracteriza, va todos los Miércoles Santos a verla salir.

Cerrad los ojos por un momento. Evocad el instante sublime de la salida. La plaza Catedralicia bulle jubilosa. El aire se perfuma de un aroma casi místico. Los pájaros cruzan el ambiente piando alegres para sumarse a la fiesta...

Cuando, al caer de la tarde,
el sol sobre la Alcazaba
pone reflejos de oro
en las esbeltas murallas,
cuando las nubes se ponen
vestido de rosa y malva,
cuando el aire se perfuma
de delicadas fragancias,
cuando el angelus se escucha
en las torres y espadañas,
cuando el Mare Nostrum pone
en la arena de sus playas
festones de blanca espuma
con resplandores de nácar,
cuando en el aire resuenan
las procesionales marchas
y de nuestra catedral
va saliendo la Esperanza,
entre los niveos claveles
con que se adornan las andas,
envuelta en su verde manto
bajo su palio esmeralda.
Entre el resplandor de cirios
y de las velas rizadas.
Entre las nubes de incienso
que van velando su cara.
Entre el rumor de oraciones
que se eleva ante sus plantas.
Y todo el pueblo almeriense
la saluda con sus palmas,
y entre risas y sollozos
devotamente la aclaman,
hay un momento sublime
en el que todo se apaga.
Y se detiene la brisa

y enmudecen las campanas
y los ojos de los fieles
se llenan todo de lágrimas
solo se escucha el piropo
de Esperanza Guapa, Guapa.

Desde este momento el paso de la Virgen es un paseo triunfal. Risas, llantos músicas, perfumes.

Es la Esperanza, la de los estudiantes. La más morena, la más gitana. Es la Esperanza. Así, en olor de multitud, su paso avanza soberbio, majestuoso. El ritmo musical la va meciendo con aires de velero.

El pueblo la espera. Pasa por el casco antiguo. Los costaleros la mecen gozosos y me atrevería a decir que la mecen de una manera especial.

¡Ay hermanos costaleros
que mecéis a la Esperanza!
Llevadla con mucho mimo,
sin que vuestras alpargatas
noten el roce del suelo,
como si llevaseis alas,
para borrar esa pena
que se refleja en su cara.
Cuando deis las chicotas
dadlas despacio y con calma
no vaya ser que, corriendo,
se le clave más la espada
que a su corazón de madre
le atormenta y despedaza.
Llevadla pues con cuidado,
amortiguad las pisadas
y pensar por un momento
que llevando a la Esperanza
es como llevar al cielo,
y con tan divina carga
vuestro andar debiera ser
una ferviente plegaria.
¡Ay hermanos costaleros
que lleváis a la Esperanza
advertid al capataz
no de chicotás muy largas,
que hay que llevarla sin prisas,
mecedla con mucha gracia

que Almería pueda ver
la hermosura de su cara
a la que no hay quien le gane
ni a bonita ni a gitana.

Y la Virgen sigue avanzando. La expectación es aun mayor. Los capirotos verdes se irisan bajo la luz de las estrellas. Suena a lo lejos la música. El incienso se anuncia con su aroma embriagador.

¡Ya viene la virgen dice alguien emocionado y no es para menos. La visión es inefable.

Entre las nubes de incienso
que en espirales de gracia
se elevan voluptuosas
a las celicas moradas,
mecida por costaleros
ya se acerca la Esperanza.
La luna le va poniendo
su beso de pura plata
y se hace oriente de perlas
en sus mejillas de nácar.
Un Andarax de amargura
de sus pupilas se escapa,
como un reguero de estrellas
cristalizado en escarcha.

Una doliente saeta
se escucha, allá, en la alcazaba
y sus notas quejumbrosas
de esta manera le canta:
¡No llores más madre mía
celestial de la esperanza
que te lo pide Almería
arrodillada a tus plantas
y en las cuencas de sus ojos
ya no le quedan más lágrimas
de tanto llorar contigo
la amargura que te embarga,
yo por consolar tu llanto
en esta tarde azulada
quiere ser cirio encendido
en tu celeste mirada.
y quiere hacerse clavel
para subirse a tus andas.
Y es candelabro de cola

que te adorna y engalana.
Y es suave brisa del mar
que te besa y que te abraza.
Y es perfume de azahares
para alfombrar tus pisadas.
Y es vuelo de golondrina.
Y es repique de campana,
que se convierte en piropo
cuando contempla tu cara
para decirte: bonita,
lucero de la mañana,
clavel de divino aroma
con el que Dios se embriaga.
No llores más Esperanza
porque de verte llorar
se el está partiendo el alma
a este pobre pregonero
que fervoroso te canta.

Poco a poco la virgen se va adentrando en el casco antiguo. En la calle de las tiendas, Santiago la saluda desde la fachada plateresca de su iglesia. La Plaza Vieja, a lo lejos, abre los ojos de sus arcos para contemplar a la señora, que se remansa en su caminar frente a las Clarisas, donde la Santa le rinde pleitesía y mira desde lo alto.

Enfilando la calle de mariana. La Virgen sabe que en una de sus casas se bordó su primer manto. Sabe que en esa casa sus cofrades trazaron y soñaron lo mejor para su paso. Allí sus cofrades ideaban, animaban y podían a aquella mujer menuda, a Carmen Góngora tantas y tantas cosas para su virgen.

Por eso todos los años la virgen se detiene ante la puerta principal, bajo el balcón, donde la bordadora que, tantas prendas bordó para las dolorosas de Almería, esperaba cada miércoles santo la llegada de la Virgen de los estudiantes.

Hoy, todavía se para la Virgen. Sabemos que ya no esta Doña Carmen. Se fue a bordar otras telas más excelsas. Los cristales permanecen cerrados, pero la Virgen se sigue parando. Y por eso la calle de Mariana se estremece emocionada, cuando los capirotos rojos y verdes de los estudiantes se deslizan por ella.

Al pasar los estudiantes
por la calle Mariana,
ya no se encuentra la Virgen,
asomada a la ventana,
a aquellos ojos cansados,
ni las manos que bordaran

el primer manto que tuvo
la Virgen de la Esperanza.
Ojos cansados de tanto
enredarse en las marañas
de agujas y terciopelos
e hijos de oro y de plata.
Aquellas manos sutiles,
perdidas en filigranas,
entre mantillas de encaje
de palios mantos y sayas.
Esos ojos y esas manos
se perdieron en la nada
buscando otros terciopelos
e inmortalizar el alma
y por eso los cristales
no esperan a la Esperanza.
Ya no están aquellos ojos
no la esperan las plegarias
y a pesar de los pesares
la Virgen siempre se para
y en su carita de rosa
brilla trémula una lágrima
cuando el paso lentamente
se pone de nuevo en marcha.

La Virgen se va llorando y a pesar de su amargura no pierde ni un ápice de su belleza. Ella, que sabe de tantas penas y amarguras, se repone, intenta sonreír. Las lágrimas se le resisten a salir de sus ojos porque un poco más abajo se va a encontrar con las monjitas de las puras, las que cada año se asoman, dejando la clausura, para contemplar su cara de azucena.

Las monjitas de las puras
esperan alborozadas
el paso de la señora
celestial de la Esperanza.
Por el claustro del convento,
por las galerías altas
hay revuelo de palomas
el miércoles por la mañana
porque sabe que a la tarde,
cuando el astro rey se apaga,
la Virgen de los estudiantes
se para ante su casa.
Las monjas cuentan los días

que para el miércoles faltan.
Las horas se les hacen años
y los minutos se alargan.
Y ellas esperan y esperan
y su esperar las afana
en barrer la puerta y cancel
rociarlo con agua clara
perfumada de jazmines
madreselva y albahaca.
Un murmullo de oraciones
en el torno se desgrana
cuando la Virgen se asoma
en el portón de la casa.
Un miserere de espumas
de sus gargantas se escapa
para la virgen morena
para la virgen mas guapa.
Las vírgenes se están mirando
y al cruzarse sus miradas
hay un diálogo mudo
de virginales palabras.
¿Que pedirán las monjitas?
¿Que les dirá la Esperanza...?
Toda la Gracia de dios
se les refleja en sus caras
que se llenan de tristeza
cuando la virgen se marcha.
Solo se queda el convento,
se han cerrado las ventanas,
las monjas siguen rezando
letanías y alabanzas
y la virgen toda hermosa
deshecha en un mar de lágrimas
mecida pausadamente
le va volviendo la espalda.

Atrás se queda el convento. La calle está casi silenciosa. Digo casi, porque hasta nosotros llega el murmullo de la plaza catedralicia. El rumor se va acercando. Va subiendo de tono y cuando los bordados del palio o se van rompiendo en mil reflejos a la luz de los focos el rumor ya no es rumor, es una aclamación unánime de gozo y de fervor. La Virgen radiante avanza majestuosa como lo que es, como una reina. Ha repartido consuelos ha recibido plegarias, su cara resplandece aún más que cuando salió!

Y cuando, ya casi entrando en el templo, la música los aplausos los vítores arrecian para despedir a tan excelsa señora sólo puedo decirle lo que me sale del corazón:

Eres estrella polar
norte y sur de mis achares
oriente de mi alegría
y el ocaso de mis males.

Eres al sutil fragancia
en la graciosa azucena
en el gladiolo arrogancia
y en el clavel gallardía.
Rosa de los vientos eres
dulce aura suave brisa
ola rizada en la mar
lirio de la serranía.

En el nardo eres tersura
trino de alondra es tu nombre
y un ancho mar sin orillas.
Permite pues que me asombre
ante tan gran maravilla
de ver tu sola presencia
en tantas cosas prendida
como se prende en el cielo
tu presencia concebida
y te trasplanta en su suelo
esta tierra de Almería.